

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 9: CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO DESDE LA EUCARISTÍA

1)	INTRODUCCIÓN.....	1
2)	QUÉ ES EL CORAZÓN.....	1
3)	CORAZÓN DE JESÚS Y FAMILIA.....	2
4)	EUCARISTÍA Y CORAZÓN.....	3
5)	CONSAGRARSE AL CORAZÓN DE CRISTO.....	4
6)	CORAZÓN DE MARÍA.....	5
7)	CONCLUSIÓN.....	6
8)	CONCRETANDO.....	7
9)	PRÁCTICA.....	7

1) *Introducción*

En Familias de Betania nos consagramos al Corazón de Jesús y entronizamos su imagen. El Corazón de Jesús está también en el centro de la vida de los Discípulos.

¿Por qué es importante para nosotros el Corazón de Jesús? Acaso nos preguntemos: ¿no evoca imágenes antiguas, de otra época, a veces demasiado dulzonas?

Vamos a ver, por el contrario, que no hay práctica más actual. Pues la gran crisis de nuestra cultura es una crisis de las emociones, y el corazón nos habla de ellas. Y vamos a ver también que celebrar el Corazón de Jesús es el mejor modo de concluir este año dedicado a la Eucaristía, pues en la Eucaristía Cristo nos entrega su corazón. Empezaremos preguntándonos qué es el corazón, para ver luego su relación con la Eucaristía, y el significado de la consagración familiar al Corazón de Cristo y de María.

2) *Qué es el corazón*

Hoy nuestra sociedad se mueve en torno a los afectos. Vive un emotivismo que absolutiza el sentimiento privado. El emotivismo consiste en creer que el bien y el mal se definen según lo que sintamos acerca de ellos. Y que somos buenos si tenemos sentimientos buenos. De esta forma el sentimiento íntimo se coloca como norma absoluta. Hoy este sentimiento se usa incluso para definir el propio sexo.

Entender bien los afectos resulta entonces algo decisivo hoy. La crisis de los matrimonios se debe, en buena parte, a que los jóvenes se casan pensando que el amor es un buen sentimiento. La crisis de la familia se debe a relegarla a un refugio

sentimental, olvidando su papel en la sociedad y en la Iglesia. Y la gran pregunta educativa es: ¿cómo formar un corazón inteligente?

Pues bien, el mundo de los sentimientos es el mundo de corazón. La escritora italiana Susanna Tamaro escribió un libro titulado: “donde el corazón te lleve”. El consejo puede ser muy bueno o muy malo, según lo que entendamos por “corazón”. Nuestra visión del corazón es nuestra visión de los afectos en nuestra vida, de cómo ordenarlos y adónde dirigirlos.

La clave está en no reducir el corazón a sentimientos absolutos, como en las “revistas del corazón”. La palabra “corazón” contiene mucho más, como en el refrán que trae el Quijote: “un buen corazón quebranta una mala ventura”. Aquí el corazón dice la decisión, la fortaleza que se enfrenta a las dificultades.

Este es también el significado del término “corazón” en la gran tradición cristiana. En la Biblia, el corazón es el lugar más hondo de la persona. En el corazón percibimos la luz que orienta la vida, y comprendemos nuestra vocación. Y el corazón es también lugar donde tomamos las grandes decisiones, respondiendo a la llamada de Dios.

A la vez, el corazón no es el sentimiento aislado de la persona, sino que se refiere a la persona en cuanto vive en un tejido con otras personas. El poeta lo dejó claro: “Prestad atención: / un corazón solitario / no es un corazón”. El corazón nos recuerda que lo más hondo que hay en nosotros está precisamente en la relación con otros. Vivimos en la interioridad cuando vivimos profundamente nuestros vínculos. Una vida superficial es una vida que permanece en la superficie del amor.

El primer vínculo del corazón se trenza con Dios, que modeló el corazón y comprende todas sus acciones (cf. *Sal* 32,15). Dios lo examina (*Jer* 17,10) y lo guía, como una acequia, allí donde quiere (*Prov* 21,1). El corazón aparece como el lugar donde nos abrimos al Creador, que nos ha modelado en el seno materno.

Además, el corazón es también lugar de relación con los hermanos. Pues es un corazón de carne, que siente como propio el dolor del hermano. Se opone al corazón de piedra, propio del pecador, que no se abre al hermano ni considera como un bien propio el bien del hermano (cf. *Ez* 36,26).

En resumen, el corazón es el centro del hombre, en cuanto que el hombre está abierto al amor y vive plenamente solo en el amor. Por eso el corazón es lo más profundo que hay en nosotros, en cuanto en el corazón se trenzan aquellos vínculos en los que entregamos la vida. El corazón afirma nuestra capacidad de pertenecer, de acoger al otro, de entregarnos, de dar vida.

Con esto entendemos que la familia es el lugar donde se descubre el corazón. Pues en la familia vivimos siempre en relación: como padres, esposos, hijos, hermanos... En la familia el corazón habla de una pertenencia estable, de una fidelidad, de una capacidad de sufrir por el otro cuando mis sentimientos no acompañan... En familia el corazón habla también de Dios, que es el origen del amor que asocia a los esposos y de la vida que ambos transmiten juntos. Podemos decir que para ver el corazón del hombre la mejor resonancia magnética se toma en la familia.

3) Corazón de Jesús y familia

Según san Jerónimo, Platón pensó que el centro del hombre estaba en el cerebro, pero Cristo nos dijo que estaba en el corazón. Pues el cristianismo define al hombre a la

luz del amor. Y este amor no es mero sentimiento, sino un amor que sostiene toda la vida, pues viene de Dios y nos abre el camino hacia Dios. Los primeros cristianos, ¿no tenían un solo corazón y una sola alma?

Nos acercamos así al centro del cristianismo, que consiste en que Dios nos ha amado con un corazón humano. El amor de Dios es misterioso, infinito, incomprensible por el hombre. Para revelarnos este amor Dios ha asumido nuestra misma forma de amar, y ha traducido su amor misterioso, infinito, incomprensible por el hombre, según los lazos de amor humano que todos podemos entender.

De este modo el amor de Dios por nosotros se nos ha revelado en nuestro propio lenguaje. Es un amor que experimenta todos nuestros afectos: amor, deseo, gozo, tristeza, esperanza, ira... Es un amor capaz de entregarse a la muerte para salvarnos. Y que desea ardientemente ser correspondido.

En el corazón de Jesús aprendemos dos cosas. *En primer lugar*, aprendemos el modo en que Dios nos ama. Y como el corazón tiene que ver con la familia, aprendemos que Dios mismo es familia, es decir, Padre que desde siempre tiene un Hijo único, con quien vive en la plena unidad del Amor, que es el Espíritu Santo.

En segundo lugar, aprendemos cómo podemos responder al amor de Dios. Pues Cristo ama con un corazón como el nuestro. Y dado que el corazón es lugar de pertenencia, a ese corazón podemos pertenecer nosotros, y amar del mismo modo como Cristo ama. Unidos a Cristo somos capaces de acoger su amor y de responder plenamente a su amor. Al hacerse hombre, Cristo ha entrado en nuestra familia, y ahora nuestra familia es un lugar donde nuestro corazón puede amar hasta el extremo, como Cristo.

No extraña que, según la enseñanza de la Iglesia, la devoción al corazón de Cristo no sea una devoción más, sino que en ella se encuentre la esencia de lo cristiano. Y vemos también la relación que el Corazón de Jesús tiene con la familia. En el Corazón de Jesús aprendemos que Dios tiene un amor familiar. Y aprendemos también cómo nuestro amor familiar puede acoger en sí el amor de Dios.

¿Es esta una devoción pasada de moda? Al contrario, hoy es más urgente que nunca hablar del amor y entender que hay una verdad del amor. Hoy es más urgente que nunca explicar el lenguaje del cuerpo. Y es más urgente también que la fe que se muestre capaz de iluminar el cuerpo y el amor, desde el amor de Cristo. Mirando al mundo actual, a su emotivismo, al analfabetismo de los afectos, vemos que la devoción al corazón de Cristo es esencial para el siglo XXI.

4) Eucaristía y corazón

Estamos ahondando este año en la Eucaristía como manantial de concordia. Los sacramentos, según el evangelista san Juan y muchos Padres de la Iglesia, nacen del corazón abierto de Cristo, de donde mana agua (bautismo) y sangre (Eucaristía).

Podríamos decir que, al darnos su cuerpo, Cristo nos da su corazón. Y es que, como decía san Juan Pablo II, el corazón es el órgano que puede leer el lenguaje del cuerpo y expresarse en este lenguaje. Y Jesús en la Eucaristía toma su cuerpo y pronuncia las palabras: “por vosotros”. Un cuerpo dotado del lenguaje de la entrega, eso es el corazón. Tenemos corazón cuando sabemos que nuestro cuerpo viene del amor y está llamado a amar, acogiendo a la otra persona y entregándose a ella.

Para ser más precisos, en el corazón están el cuerpo y la sangre. En efecto, la sangre representa la vida, que viene de Dios y puede darse a otros, transmitiendo vida a los hijos. Y el corazón es el que impulsa la sangre, y es el lugar de memorias y de proyectos. “Recordar”, en varias lenguas, se dice: “aprender de corazón” (en inglés: “by heart”). Y la etimología de “recuerdo” en español procede del latín “cor” (“corazón”).

Así que, cuando Jesús dice: “tomad mi cuerpo, tomad mi sangre”, es como si dijera: “tomad mi corazón”. “Tomad mi corazón que se abre por vosotros”. “Tomad mi corazón en el que podéis entrar”. “Tomad mi corazón del que fluye agua y sangre para tocar y transformar vuestro corazón”.

5) Consagrarse al Corazón de Cristo

A esta entrega de Cristo por nosotros en la Eucaristía, ¿cómo responder? La respuesta consiste en acoger el amor y en entregarnos también a Él. Es aquí donde entra en juego la consagración al Corazón de Cristo, y cómo podemos vivirla en familia.

La palabra “consagrarse” puede significar una dedicación llena de ardor y eficacia. Así, por ejemplo, alguien se consagra a la ciencia, o a su patria, o incluso al estudio. Entendemos que la familia es un ámbito especial de consagración, porque nos pide una dedicación plena. En la familia vivimos cuando nos desvivimos. La vida de los padres es desvivirse por los hijos, y los esposos están llamados a desvivirse el uno por el otro.

Además, la palabra “consagrar” contiene lo “sagrado”. Puede haber una dedicación tan absoluta solo porque vemos allí algo trascendente. Propiamente, si nos consagramos a algo es porque en ello hay un misterio que nos acerca a Dios. Hay algo desordenado en consagrarse al fútbol, o al buen comer, o a santificar las siestas. Si la familia es lugar de dedicación es porque vemos allí el misterio del Creador. De otro modo podríamos hacer un ídolo de nuestro esposo o esposa o padres o hijos.

Por eso, en sentido pleno, consagrarse significa separar algo para Dios. Al consagrarnos pasamos del lugar profano al lugar sagrado. Según esto, parece que solo podemos consagrarnos a Dios. ¿Cómo consagrarse al corazón de Cristo, que es un corazón humano?

Tocamos aquí el misterio central de la fe cristiana. Podemos consagrarnos al Corazón de Cristo porque es el corazón del Hijo de Dios. El Hijo de Dios se hizo carne y “amó con corazón humano” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* 22). Esta es la novedad del cristianismo. Para consagrarse a Dios, que se ha hecho carne, ya no hay que abandonar la carne ni los afectos. Se ha abierto en nuestra carne un espacio, el espacio del Corazón de Cristo, donde es posible trabar una relación plena con Dios. Por eso se puede consagrar todo el mundo, todos los oficios y horarios, todos los afanes y gozos y cansancios, al Corazón de Cristo. Y todo lo que hacemos le toca y le importa, porque en su corazón se ha vinculado a nosotros.

Entonces, la consagración al Corazón de Jesús es la decisión de vivir lo que ya somos desde el bautismo y la confirmación. Porque el bautismo y la confirmación son las consagraciones radicales de nuestra vida, en que entramos en relación con Dios por la muerte y resurrección de su Hijo.

Pero también en el matrimonio, por ser un sacramento, hay ya una consagración. El Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes* 48) afirma que los cónyuges, por el sacramento, en cierto modo son consagrados. Pues su amor esponsal pasa a la esfera del amor de

Cristo por su Iglesia, donde se manifiesta el plan completo de Dios. No nos hará daño leer la cita completa:

“los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y como consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y , por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios” (*Gaudium et Spes* 48).

Así que toda familia cristiana vive ya una consagración cuando descubre el amor de Dios que se revela en su amor humano, en los sacrificios de los padres por sus hijos, en la fidelidad y el perdón de los esposos, en el afán por educar bien...

A esta luz, ¿por qué consagrarse al Corazón de Jesús?

En primer lugar, consagrarse al Corazón de Jesús es renovar la consagración que ya vivimos, como familia, gracias a los sacramentos del bautismo, la confirmación y el matrimonio. Es un recuerdo de lo que ya somos, que nos mueve a vivirlo en plenitud. El amor de Dios es tan grande, que os ha confiado los unos a los otros para que juntos os dirijáis a Él. Consagrarse al Corazón de Cristo como familia es acogernos los unos a los otros como dones de Dios y es orientar nuestra vida hacia Él.

Además, la consagración al Corazón de Jesús nos ayuda a ir al centro de nuestra consagración matrimonial, sin perdernos por las ramas. Entendemos que el camino hacia Dios no podemos recorrerlo al margen del cuerpo, al margen de los afectos, al margen del amor mutuo. Como enseña el mismo Vaticano II Cristo no solo asumió la naturaleza humana, sino que “asumió el amor humano” (*Gaudium et Spes* 48). No nos acercamos a Dios fuera del amor familiar, sino en él, viviendo la caridad conyugal, que luego se abre en caridad paterna y materna, filial, fraterna...

Además, la consagración al Corazón de Jesús despliega en nuestra vida la consagración matrimonial. Pues el Corazón de Jesús, como hemos dicho antes, no solo nos muestra lo que Dios nos ama, sino lo que nosotros podemos amar a Dios. El Corazón de Jesús es un corazón como el nuestro, un corazón de hijo, un corazón de esposo, un corazón de padre y hermano... Y nos enseña a amar a Dios como hijos, como esposos, padres, hermanos...

Por fin, la consagración nos recuerda nuestra misión para transformar la sociedad. Vivimos una cultura emotivista, que no entiende el lenguaje de los afectos. Pero este lenguaje es decisivo para el bien común, porque sin afectos estables no hay unidad social ni fidelidad a las promesas. Además, un sujeto emotivo es fácilmente manipulable. La consagración al Corazón de Jesús nos lanza a vivir la fe allí donde ésta toca la cultura de nuestro tiempo para transformarla. Si Dios nos ha amado con un corazón humano, entonces ganamos esperanza en las capacidades del corazón humano para un amor noble y verdadero.

6) Corazón de María

Junto a la consagración al Corazón de Jesús podemos consagrarnos también al Corazón Inmaculado de María. De nuevo surge la pregunta: ¿cómo consagrarse a María, si solo es posible consagrarse a Dios? Se entiende que nos consagremos al Corazón de Cristo, porque es el Hijo de Dios. Pero, ¿a su Madre, que no es persona divina?

La respuesta está en la relación singular que María tiene con su Hijo como Madre suya. Solo el cuerpo de Jesús es el cuerpo de una persona divina, solo su corazón es el corazón del Hijo único de Dios. Pero, a su vez, el corazón no es un órgano aislado, sino que vive siempre en relación, y la relación más estrecha que vivió el cuerpo y el corazón de Jesús fueron el cuerpo y el corazón de María.

De hecho, el primer corazón que tuvo Jesús, apenas formado como embrión en el seno materno, fue el de María, que latía por el suyo. Si Dios se ha hecho carne, lo ha hecho tomando la carne de su Madre, que fue su primera morada entre los hombres. Y durante toda la vida de Jesús su cuerpo se refirió especialmente a María. No solo por el ombligo, que recordaba cómo tomó de ella su primer alimento, sino porque todo el cuerpo llevaba como tatuaje, por así decir, haber sido formando en el seno materno.

Desde aquí entendemos la cercanía de los dos corazones. Si el corazón dice la decisión más honda de la persona, el Corazón de María latió siempre al ritmo del Corazón de Jesús, siguiéndole hasta la Cruz. Dada la cercanía del corazón materno al corazón de Jesús, es posible también consagrarse al Corazón de María, como lugar donde encontramos la sintonía con el Corazón de Cristo. Así, en el ámbito del corazón, juegan su papel también lo masculino y lo femenino.

Consagrarse al Corazón de María es reconocer que necesitamos un ambiente bueno para encontrar a Jesús. María, como toda Madre, crea a su alrededor un hogar donde es fácil abrirse a Cristo y acogerle. Consagrarse es cambiar de lugar, entrar en el lugar donde Dios se manifiesta. Y María inaugura ese lugar, el cual se prolonga en la Iglesia y en nuestras familias, el lugar donde encontramos a Cristo, camino hacia el Padre. Por eso decimos: “En María, Cristo. Por Cristo, al Padre”.

7) Conclusión

En Familias de Betania nos podemos consagrar al Corazón de Cristo, no solo uno a uno, sino como familia. Expresamos así que queremos que el amor de Cristo dé forma a todos nuestros vínculos familiares. Queremos que el amor de padres a hijos exprese el amor de Dios y se potencie para dirigirse a Dios. Y lo mismo con el amor de los esposos, o de los hermanos. Y queremos también que nuestro trabajo y nuestra misión familiares se alimenten del gran amor del Padre y sean amor que se pone manos a la obra para extender su Reino.

Hay dos santos clave para la espiritualidad de los Discípulos y de Familias de Betania, que están muy relacionados con el Corazón de Jesús. Por un lado, san Ignacio de Loyola, que nos invita a identificarnos afectivamente con Cristo, conociéndole más, para más amarle y seguirle. Y que termina los Ejercicios Espirituales con la contemplación para alcanzar amor, donde busca que respondamos al amor primero de Dios.

Por otro lado, está san Juan Pablo II, que nos regaló su *Teología del cuerpo*, pues en el cuerpo se ha revelado el amor de Dios, y podemos acogerlo y responder a él. Según Juan Pablo II, el corazón es ese órgano que nos permite entender el lenguaje del cuerpo, que es un lenguaje del don de sí mismo.

Nada más necesario hoy que la devoción al Corazón de Cristo. Pues vivimos una crisis emotivista, que necesita un mensaje de esperanza sobre el cuerpo y sobre los afectos. Y desde el Corazón de Cristo se descubre cómo el cuerpo y los afectos pueden revelarnos el amor de Dios, y cómo podemos responder a ese amor desde nuestro cuerpo y nuestros afectos.

8) **Concretando**

1. ¿Cómo comprender bien la palabra corazón en nuestra cultura?
2. ¿Qué nos enseña el Corazón de Cristo para nuestra vida conyugal y familiar?
3. ¿Qué relación existe entre la Eucaristía y el Corazón de Cristo?
4. ¿Por qué consagrarse al Corazón de Jesús y al Corazón de María? ¿Cómo nos ayuda esto en Familias de Betania?

9) **Práctica**

Rezar en familia durante este mes estas letanías del Corazón de Jesús

Señor ten piedad / Cristo ten piedad / Señor ten piedad

Corazón de Jesús, formado en María por las manos del Padre... **¡muéstranos el amor de Dios!**

Tú, Corazón del Hijo eterno del Padre...

Tú, sobre quien el Espíritu derramó la caridad plena...

[Se puede rezar una o varias de las siguientes cuatro series]

I.

Corazón de Jesús, alegre porque Dios se revela a los pequeños... **¡ordena nuestros afectos!**

Tú, asombrado por la fe del centurión...

Tú, que miraste y amaste al joven rico...

Tú, lleno de celo por la casa de Dios...

Tú, conmovido ante el pecado de Jerusalén...

Tú, que lloraste la muerte de Lázaro...

Tú, que deseaste ardientemente darnos tu cuerpo...

II.

Corazón de Jesús, que te alimentas de la voluntad del Padre... **¡enséñanos a entregar la vida por los amigos!**

Tú, que rogaste por la fe de Pedro...

Tú, que mendigaste compañía en el Huerto...

Tú, que bebiste el cáliz de tu Padre...

Tú, que tomas sobre los hombros a la oveja perdida...

Tú, que esperas el Reino para todo buen ladrón...

Tú, que me amaste y te entregaste por mí...

III.

Corazón de Jesús, traspasado por la lanza... **¡haznos fuente de amor!**

Tú, de donde mana el bautismo que nos regenera...

Tú, que te repartes en la Eucaristía...

Tú, por cuya herida entró la mano de Tomás...

Tú, que preguntaste a Pedro tres veces si te amaba...

Tú, que estás a la puerta y llamas, para cenar con nosotros...

Tú, que nos conoces y llamas por nombre...

IV.

Corazón de Jesús, enamorado de tu esposa la Iglesia... **¡haznos uno en tu amor!**

Tú, de donde extraen gratitud los hijos...

Tú, donde cultivan su fidelidad los esposos...

Tú, donde mana el perdón en las familias...

Tú, a quien siguen corporalmente los religiosos...

Tú, que nos regalas sacerdotes tuyos...

Tú, que haces de tus fieles un solo corazón...

V.- Jesús manso y humilde de corazón.

R.- Haz nuestro corazón semejante al tuyo.

Oremos:

Oh, Padre, que en el Corazón de tu Hijo,

formado en el seno de María,

nos revelaste cuánto nos amas

y nos hiciste capaces de responder a tu amor,

haz que siga manando sobre nosotros el agua de su costado

y que desde nosotros rebose como fuente de vida para muchos,

por el mismo Jesucristo, nuestro Señor

